



DISCURSO DEL ALCALDE DE LLEIDA, ÀNGEL ROS, EN LA CONFERENCIA-
DESAYUNO DEL SMARTCITY FORO DE LA NUEVA CIUDAD DE NUEVA
ECONOMIA FORUM

Smart Cities: ciudades sabias en capital humano, intelectual y social como valores de progreso y cohesión social

Todos hemos oído hablar de proyectos *smart*, de ciudades *smart*.

Bajo este paraguas se han situado iniciativas que van desde el aprovechamiento energético, a la optimización del riego, pasando por gestión de aparcamientos, uso eficiente del alumbrado, y en general, sensores de magnitudes analógicas que generan servicios digitales, redes wifi en espacios públicos, etc...

Una Smart City, en su visión tradicional, o mejor inicial, es una ciudad que utiliza las tecnologías de la información y las comunicaciones para poder ofrecer servicios públicos más interactivos, más eficientes y que generen también oportunidades de progreso para el mismo municipio y toda la ciudadanía.

Hemos visto como muchos de estos proyectos bautizados como *smart* y con uso intensivo de tecnología, han llenado las ciudades de sensores y de *gadgets* tecnológicos. Pero muchos de estos proyectos no han prosperado. Ha sido imposible pasar de la fase de modelo porque no pueden generalizarse, hay un problema de escala, y resultan insostenibles.

Éste no es el camino que nos gustaría emprender en nuestras ciudades.

Y no soy contrario al uso intensivo de tecnología, sino que soy partidario de la incorporación de tecnología a las infraestructuras y a crear servicios nuevos basados en las TIC. Pero esto es un mayor valor de las infraestructuras y la creación de servicios que aportan valor. Imprescindible, pero sin representar un salto cualitativo en el concepto de ciudad.

Para mí, el concepto *Smart City* no significa tecnología en la calle, ni avanzar hacia una ciudad más sostenible que aproveche y optimice los recursos para la gestión.

De hecho, la incorporación de tecnología y conocimiento a los servicios públicos y a las infraestructuras es la evolución natural que también se da en cualquier sistema de producción y en cualquier modelo empresarial. Pero una *Smart City* ha de ser mucho más que esto. *Smart City* ha de representar un salto cualitativo en la ciudad desde la óptica del ciudadano.



El salto cualitativo es la apuesta por los activos humanos e inmateriales: educación, cultura, cohesión social, creación de nuevas oportunidades laborales, atención a las personas, incremento de la práctica democrática y formas de evolución territorial hacia un modelo de red de ciudades.

Smart City es un concepto asociado a tecnología y a conocimiento, pero en mi opinión debe asociarse a innovación social. En El País del domingo, así lo recogía también el Catedrático de la UAB, Joan Subirats.

Esto supone nuevos modelos o sistemas para llevar a cabo procesos que se desarrollan con y para los ciudadanos. Donde los beneficiarios, o los protagonistas de cada una de las acciones, son, al mismo tiempo actores de su propia evolución, lo que intensifica el sentimiento de pertenencia y de ciudadanía.

Una ciudad es inteligente en la medida en que son inteligentes y disponen de más oportunidades las personas que la habitan, sus empresarios, sus profesionales, sus trabajadores, sus jóvenes y sus ancianos.

Una ciudad inteligente es la que toma decisiones sabias que generan un impacto positivo en su medio urbano, en su modelo productivo y en sus habitantes.

Las ciudades han evolucionado como lo han hecho los modelos económicos.

Desde la sociedad agraria basada en la tierra y en su posesión, a la Revolución Industrial donde priman las máquinas y los procesos. Y a partir del último cuarto del siglo XX, la acción de las tecnologías del conocimiento y la capacidad de investigación, de innovación y de internacionalización caracteriza la llamada sociedad del conocimiento.

En cada fase, la evolución de la Economía productiva y, últimamente también la economía financiera, ha afectado a las ciudades y ha provocado transformaciones sociales profundas: movimientos del mundo rural al urbano en la Revolución Industrial, y deslocalizaciones de activos industriales y de personas en la revolución del conocimiento.

Si en los siglos XIX, XX, en las ciudades y sus gobiernos se concedía la mayor importancia a la construcción de equipamientos físicos. En los años 50 a 70 en Europa, y 60 a 90 en España, el desarrollo de las ciudades se midió en equipamientos e infraestructuras físicas.



Ahora, las infraestructuras imprescindibles son las de conocimiento. Y el capital humano en el desarrollo de las ciudades es más importante que las infraestructuras, los activos de producción y los tecnológicos.

Al hablar de ciudades inteligentes, la filosofía debe ser la que vincula el capital humano, el conocimiento y los activos tecnológicos.

Smart City es aquella ciudad que, gracias al saber y a la tecnología, está más cohesionada, genera más oportunidades a los ciudadanos, minimiza las fracturas digital y social, y fomenta la práctica de la democracia.

Esto requiere educación, tecnología, políticas sociales, políticas de promoción de la actividad económica y el empleo, políticas de participación y políticas de colaboración en red de ciudades.

Las ciudades deben construir un marco común de conocimiento, entendido como factor de producción urbana, que catalice la aportación de la Información y las Comunicaciones, la acción educativa y las políticas de sostenibilidad energéticas y medioambientales.

Debemos entender también el concepto de ciudad inteligente como un vehículo de transmisión del humanismo, a través de la Cultura y de los valores sobre los que se ha construido la sociedad desde la época clásica, en el escenario de la evolución, que es la ciudad.

En la antigua Grecia, el hombre es, por encima de todo, un ciudadano. Un griego sólo concibe su vida en la ciudad. Aristóteles (Política) escribe que el rasgo más importante que el hombre debe tener en la polis es virtud cívica. Más allá del simple hecho de vivir en común, hay que realizar bellas acciones para el conjunto.

Para los griegos, la ciudad supone lograr el ideal de autosuficiencia y de autarquía, y es en la ciudad donde el hombre alcanza su perfección y su felicidad.

En la medida en que la ciudad griega logra sus objetivos, facilita la aparición de una vida humana más libre y mejor, y favorece el surgimiento de la Filosofía.

En este primer ejemplo de smart city clásica, vemos la íntima relación entre una ciudad enfocada al ciudadano, y el desarrollo del pensamiento humano.

El Renacimiento buscó en la antigüedad clásica la base para construir el movimiento intelectual, filosófico y cultural que, a partir de entonces, se conoció como Humanismo.



De nuevo, el escenario de este salto adelante es la ciudad, una comunidad que deja atrás los servilismos y las barreras sociales de la Edad Media y en la que por primera vez en centenares de años, se reflexiona sobre el espacio público. *“El aire de las ciudades nos hace libres”*.

Antes del Renacimiento, la Liga Hanseática desarrolló en el norte de Europa una red de ciudades libres enfocadas al comercio, lo que supone otro ejemplo de *smart city*, de agrupación urbana pensada, en este caso, para el progreso de la economía y, por tanto, de la sociedad, en un modelo global de ciudades.

Las *smart city* del siglo XXI deben mantener el espíritu de las ciudades de la Grecia Antigua y del Renacimiento, recoger su legado en términos de progreso cultural, intelectual y social. Tenemos que continuar forjando la virtud cívica que propugnaba Aristóteles.

Esta virtud cívica moderna, ahora vehiculada por el concepto de ciudad inteligente, tiene que aunar la educación y la tecnología para generar creación cultural, progreso y bienestar.

Y debe alcanzar, por encima de todo, a los colectivos más débiles para evitar cualquier fractura social, aunque ésta aparezca con el nombre de fractura digital, eufemismo para ocultar la desigualdad, origen de toda fractura.

La suma de la tecnología y el capital humano aplicados a la política educativa, cultural, de promoción económica, de práctica democrática y de acción en red de ciudades son la base de la *smart city*.

Intentaré en los próximos minutos situar estas seis políticas en el marco de la ciudad inteligente.

1. Política educativa

La Smart City debe incluir las capacidades educativas que alberga la ciudad. Una ciudad inteligente debe ocuparse de sus modelos educativos y de su contribución a la educación en un sentido amplio.

Este concepto de ciudad debe contemplar en primer lugar la Educación, mucho más allá de la enseñanza reglada y obligatoria. Hay que entender la ciudad como una gran escuela que nos forma a lo largo de toda la vida.



Si medimos una *smart city* por la inteligencia de sus habitantes, cada uno de nosotros hemos de asumir la necesidad de seguir formándonos, de profundizar en nuestra educación de la forma en que la entendía el pedagogo Paolo Freire, como una práctica de libertad y de reflexión que genere “una acción del hombre sobre el mundo para transformarlo”.

A través de la Educación se recoge la herencia moral, la conducta, los valores y la cultura de las generaciones anteriores. La Educación es uno de los principales procesos de socialización formal de cada individuo.

Una sociedad que fracase en Educación anula las posibilidades de desarrollo personal de sus ciudadanos y de la ciudad como colectivo. La ciudad inteligente lucha contra el fracaso escolar. Las tecnologías y la pedagogía están al servicio de la disminución del fracaso y del absentismo escolar.

Según el Informe PISA, los resultados educativos de España siguen significativamente por debajo de la media de los países de la OCDE, en lectura, en ciencia y en matemáticas.

Nuestras cifras de fracaso escolar son altas, un 24'9 por ciento, en comparación con la media europea, donde el abandono de los estudios ronda el 14'5 por ciento.

Luchar contra este problema es prioritario. Los gobiernos, a escala local o nacional, debemos proteger el derecho a una Educación de calidad para todas las personas. Si no lo hacemos, perderemos las inmensas oportunidades de desarrollo que ofrecen la Cultura, el Conocimiento y, sobre todo, la Creatividad.

2. Política social

Desde las políticas sociales y educativas dotadas de medios tecnológicos, hay que avanzar hacia la *Social Innovation City*, un concepto que, de nuevo, abunda en la condición del individuo, en su inteligencia, en su iniciativa y su tecnología personal como máximo desarrollador de las oportunidades del universo *smart*.

La capacidad de la sociedad del conocimiento para provocar o para vencer fracturas es una característica del estado evolutivo actual.

La tecnología nos ha permitido convertir antiguos servicios sociales en derechos universales en nuestros municipios.



Las aplicaciones de robótica asistencial detectan situaciones de riesgo y permiten un control interactivo y una mayor atención a las personas.

La tecnología al servicio de las personas mayores, de las personas con discapacidades y de colectivos con especiales riesgos permite crear o quitar barreras en función de las políticas sociales y de las prioridades económicas que se apliquen.

La ciudad inteligente ha de proteger a las personas mayores y a la infancia, en especial a los que puedan quedar excluidos de la sociedad. Y ha de favorecer que ningún colectivo quede al margen del progreso. Una brecha digital conlleva una brecha también social.

3. Política cultural

Las *smart city* debemos procurar que emerja la inteligencia de sus ciudadanos, conectarla y así apuntalar la Creatividad que hace tiempo que se identifica como la nueva economía. Es la gran apuesta que ya realizan los países emergentes: unir la Cultura, la Creatividad y la Economía para aprovechar las oportunidades de esta era de grandes cambios tecnológicos y entrar con fuerza en la economía del conocimiento.

Me estoy refiriendo a la industria cultural.

La Comisión Europea lanzó en 2010 el Libro verde para Liberar el potencial de las industrias culturales y creativas y señalaba las enormes posibilidades de crecimiento y de empleo con que cuenta este sector y que todavía no están explotadas.

La *smart city* al servicio de la industria cultural democratiza el acceso a la cultura, la capitaliza y genera en nuestras ciudades la actividad económica perdida por terciarización del tejido industrial y deslocalización y globalización del sistema productivo.

La tecnología enriquece todas las artes y la educación, y propulsa la difusión de los contenidos con lo que se democratiza la Cultura. La misma Comisión Europea destaca que la creatividad tiene raíces locales y que el desarrollo local y regional de la industria cultural es el punto de partida para conseguir el éxito global.

En España, la industria Cultural representa el 3'5 por ciento del Producto Interior Bruto, un punto por debajo de la media europea, pero la mitad que en países como Gran Bretaña. Después de décadas invirtiendo en infraestructuras físicas ahora la prioridad deben ser las educativas y culturales.



4. Políticas de Promoción Económica

En la sociedad del conocimiento, la planificación urbanística local situó el tejido industrial fuera de las ciudades, en parques o polígonos industriales alejados en base a criterios económicos del suelo y a criterios medioambientales y de seguridad. La política de promoción económica pasaba por la creación de estas infraestructuras periurbanas.

Hoy, la ciudad inteligente debe abordar la promoción y el fomento de empleo, especialmente entre los jóvenes, con base en la Innovación y en la Creación de nuevos productos y servicios.

El paradigma para que una ciudad se consolide en la economía del conocimiento son los parques científicos, tecnológicos y empresariales.

El éxito de las ciudades ya se mide por su capacidad creativa e innovadora y, en este contexto, los parques científicos constituyen uno de los modelos que más ha funcionado en España.

Los parques son un factor de riqueza porque conectan el talento, proyectan innovación y aportan grandes dosis de valor añadido al conjunto de la ciudad y de la sociedad.

5. Práctica democrática

Es imprescindible avanzar en la profundización democrática, en un periodo en que las instituciones europeas no han resuelto el conflicto democracia-mercado.

Sólo institucionalmente, con el convencimiento de que la crisis de la democracia se combate con más democracia, podrá resolverse este conflicto.

En este escenario, los gobiernos locales debemos ser conscientes de que la ciudad inteligente también va unida a una gestión política inteligente, que diluya las barreras entre gobernantes y gobernados. Y esto se traduce en dos conceptos básicos.

Por un lado, facilitar la intervención ciudadana a través de medios tecnológicos para lograr una democracia participativa. Un mayor aprovechamiento de las experiencias y capacidad de todos -es decir, de la sociedad en red-, promueve la legitimidad permanente del gobierno, y genera una ciudad más capaz e inclusiva.

En segundo lugar, hay que aumentar la transparencia de las administraciones y asumir este concepto como esencial para el buen gobierno. La correlación transparencia-uso



intensivo de las tecnologías que es válido para todos los sectores empresariales, facilita una profundización de la democracia en los gobiernos.

6. Red de ciudades

Debemos entender que el nuevo marco geográfico hacia el que nos dirigimos es una red de ciudades de ámbito europeo y mundial. La cooperación entre ciudades es un factor de cohesión territorial y de vertebración imprescindible en el nuevo marco global y herramienta de resolución de conflictos y de colaboración internacional.

Europa puede evolucionar hacia un modelo de grandes regiones culturales y redes de ciudades.

La economía global y la democratización del acceso a la cultura encuentran en la colaboración y también en la competencia entre ciudades un marco ideal para el progreso social del conjunto.

Llegados a este punto en que les he hablado de Educación, Atención Social, Cultura, Promoción Económica, Democracia y Red de Ciudades, su potenciación mediante el uso de tecnologías y el marco que aporta el concepto Smart City, y dado de que quien les habla es un alcalde, podran ustedes pensar: qué dice este insensato si ahora las leyes les van a quitar todas esas competencias y como máximo deberán barrer las calles y ordenar el tráfico, siempre que dispongan de recursos para pagar las contratas y las nóminas.

Me gustaría, si muchos se hacen esa pregunta, dar mi aproximación a la filosofía de estas nuevas leyes, y no es otra visión que la distinción que realizo entre competencias y responsabilidad.

Una ley puede quitar competencias educativas o sociales al gobierno de las ciudades pero no puede borrar la responsabilidad de un alcalde o alcaldesa sobre la Educación o el Bienestar Social de los Ciudadanos.

Y no puede porque los ciudadanos se lo reclamarán y está en la base fundacional de nuestras ciudades y de sus gobiernos, los más antiguos y consolidados de la sociedad.

Al final, lo obvio se impone y las responsabilidades para las que no tengamos competencias deberemos ejercerlas, ya sea por delegación de otras administraciones o de forma estrictamente municipal, con recursos propios, manejando las tres variables: presión fiscal, eficiencia en la gestión y priorización política.



Acabo. Para desarrollar las potencialidades de la sociedad del conocimiento y las tecnologías asociadas a las mismas, en la sociedad actual, y avanzar hacia una ciudad inteligente al servicio del progreso de los ciudadanos son necesarias: políticas, formas de gestión y estrategias tecnológicas.

El conjunto de estas propuestas constituyen un decálogo para desarrollo de Ciudades Inteligentes.

En primer lugar, propuestas políticas.

1. Ejercer competencias educativas desde las ciudades en todos los ámbitos curriculares y especialmente en las situaciones de riesgo.
2. Mantener las competencias de atención social con carácter general y especialmente para colectivos con dificultades especiales, y abordar las desigualdades desde la óptica de derechos universales.
3. Obtener y desarrollar competencias de promoción económica, innovación y fomento del empleo.
4. Profundización de la democracia mediante nuevas formas de participación e incremento de la transparencia en los gobiernos, y creación de plataformas de participación ciudadana basadas en sistemas tecnológicos.

En segundo lugar, propuestas en materia de gestión.

5. Implicación local en los modelos de innovación, especialmente en el paradigma de Parques Científicos y Tecnológicos, junto a las demás administraciones.
6. Desarrollo de acciones que promuevan la innovación desde el ámbito urbanístico y en las compras públicas.
7. Búsqueda de la eficiencia en la gestión mediante reformas en la Administración y uso de las tecnologías.

Y en tercer lugar, propuestas tecnológicas.

8. Incorporación de tecnología en las infraestructuras y en los servicios públicos y creación de nuevos servicios al ciudadano basados en las tecnologías de información y comunicación.
9. Uso de las infraestructuras *smart* para la creación y la industria cultural.



10. Fomento de los clústers tecnológicos en las ciudades y en las redes de ciudades. El modelo español de campus de excelencia internacional para las universidades es un ejemplo.

Acabo. La ciudad inteligente es la que alinea las políticas educativas, tecnológicas y del conocimiento con las políticas de promoción económica, sociales y culturales.

Las ciudades son el espacio donde se construye una sociedad y se desarrolla la persona en todas sus dimensiones. La sociedad, en tiempos de cambio social como el actual, reclama una nueva política que coincide con los principios que tradicionalmente han guiado las políticas de progreso: la igualdad entre los ciudadanos, el bienestar material y cultural y el ejercicio de la democracia.

Una ciudad es inteligente cuando utiliza los medios disponibles en cada momento para fomentar el progreso y la igualdad de los ciudadanos.

Muchas gracias

Àngel Ros i Domingo

Alcalde de Lleida

Madrid, 4 de febrero de 2014